

1.° de Diciembre de 1905. Año II. N.° 47.



Servicios humanitarios de la Guardia civil.
Una pareja de correrías socorriendo á un caminante á punto de perecer entre la nieve.

Una página de mormonismo

El último congreso sionista, antes de separarse, tomó la resolución, generosa pero algo temeraria, de enviar doscientos cincuenta de sus individuos á predicar la propia doctrina á los mormones del Gran Lago Salado.

Algún día sabremos si han logrado convertir á esa secta singular y algo sospechosa, que parece haber querido resucitar, en pleno siglo XIX, la heregía comunista y ultramística del famoso Juan de Leyde.

Sabido es que el mormonismo fué fundado en 1830 por José Smith, el cual nació en Ihazon, el 25 de Diciembre de 1805, de una familia perteneciente á la religión presbiteriana. En 1820, después de un *revivah* (especie de conferencia religiosa) fué cuando se sintió tocada de la gracia. Algún tiempo después, en un bosque situado cerca de Manchester (Ontario) tuvo una primera visión, y luego, tres años después, otras tres visiones sucesivas, en las cuales nada menos que un ángel le reveló la empresa á que estaba llamado y la existencia del libro que contenía el evangelio de la religión nueva.

Sin embargo, Smith no fué autorizado, según su propia manifestación, á conocer ese libro hasta 1827. Ocupó los años que siguieron en redactar el plan de la religión que debía tomar el nombre de mormonismo, y después se trasladó al Ohio con su hermano Hiram y algunos adeptos.

Rápidamente la nueva religión se extendió, no obstante que diversos artículos de su credo, y especialmente la poligamia, motivó vivas protestas en América. Ocurrieron riñas entre gentiles y mormones. Smith é Hiram perdieron en ellas la vida. Nuevo Moisés, Brigham Young, que les sucedió, capitaneó el éxodo de la tribu hacia las orillas del Lago Salado.

Allí fundaron una república que llamaron Deseret, ó país de la Abeja. Pero esta república sólo tuvo una existencia efímera. El gobierno federal acababa de anexionarse el Utah, del que formaba parte el Deseret. Los mormones protestaron, y como sus protestas no servían de nada, acordaron á poco de esto valerse de medios más expeditivos.

El mormonismo había llegado á ese grado de exaltación mística que hace confinar las religiones con la locura. Preconizábase en él la expiación por la sangre, como castigo merecido por ciertos crímenes, tales como la divulgación de los secretos de la Iglesia ó la apostasía. El mormonismo no tardó en tener sus sacrificadores á sueldo, especie de *bravi*, que se distinguían

con el nombre de «danitas» en recuerdo del Antiguo Testamento, y cuyo puñal no descansaba un minuto.

Los asesinatos rituales se multiplicaban. Pero cuando eran aislados y aparecían rodeados de circunstancias misteriosas, el gobierno federal no sabía, la mayor parte de las veces, contra quién proceder. Fué preciso, para levantar la opinión é impulsar á los poderes públicos á acabar con el mormonismo, el horrible atentado cometido en 1757 con una caravana de ciento veinte emigrantes que atravesaban el Utah para ir á establecerse en California.

Estas pobres gentes ya habían tenido que sufrir mucho á causa del hambre, de la sed y de toda clase de privaciones, cuando llegaron á orillas del Gran Lago Salado. Levantaron allí sus tiendas, y algunos se dirigieron hacia Salt Lake City para comprar víveres. Duramente se les indicó que siguieran su camino. Los desgraciados arkansenses dirigiéronse hacia las montañas Neadws, y llegaron al fin al valle de Iron-Creek, llenos de fatigas. Allí, encontrando pastos en abundancia para sus ganados, decidieron permanecer algún tiempo. De repente, en la mañana del 7 de diciembre, cuando volvían á emprender su camino, fueron sorprendidos por una descarga á quemarropa, que les mató siete hombres y les hirió quince más. Los indios, sobornados por el gran Consejo de la Iglesia mormona, les acechaban desde hacía una semana en las espesuras de Iron-Creek, y eran ellos los que acababan de hacer contra el campamento esa descarga traidora.

Repuestos del pánico, los emigrantes cogieron las armas, y con sus carros formaron una especie de pequeño campo atrincherado. Los pieles rojas, no considerándose bastantes, previnieron al jefe de la Policía mormona, John Lee, que acudió con las milicias. Pero comprendió, en seguida, como los indios, que los arkansenses defenderían caras sus vidas. Lo mejor sería formular una transacción. Lee hizo desplegar una bandera blanca. Se entablaron negociaciones y se firmó una capitulación, con arreglo á la cual los heridos y los niños pequeños, instalados en carros, pasarían al frente de la tropa, siguiendo á pie las mujeres y los niños de más edad, y acabando el desfile con los hombres válidos, por parejas y sin armas.

Así arreglado todo, refiere M. de Turenne, la columna se puso en marcha, rodeada por milicianos mormones, con los fusiles cargados. Cuando llevaban recorridos unos 800 metros próximamente, la voz de mando ¡alto! hizo detenerse á todos. Fué la señal para que cada miliciano tirase contra el hombre que tenía más cerca. Los indios saltan de las espesuras y degüellan á los heridos, á las mujeres y á los niños. La espantosa carnicería duró mucho tiempo. No dejaron la vida más que á diez y siete criaturitas, demasiado pequeñas para poder acordarse de nada. Después de esto, la distribución del botín se efectuó rápidamente, á los pieles rojas les fueron dejados los vestidos ensangrentados y desgarrados en la lucha, las municiones, así como la pequeña cantidad de víveres encontrados. El resto fué dividido entre los mormones, después que la décima parte fué puesta á un lado para la Iglesia, ó mejor dicho, para Brigham Young.

La emboscada había sido dirigida con tanta astucia, y los actores y testigos del drama guardaban tan escrupulosamente el secreto, que transcurrieron diez y ocho meses sin que el gobierno federal tuviese noticias. La instrucción no terminó hasta diez y seis años después, el 12 de julio de 1875. Aun así, costó grandísimo trabajo hallar un Jurado, y éste no se atrevió á dictar más que una sola condenación de muerte, la de John Lee, el cual fué ejecutado el 26 de enero de 1877. Ya que no otra cosa, el gobierno adoptó medidas enérgicas respecto á la Iglesia y sus últimos santos. El mormonismo tuvo que arrepentirse y transformarse, y seguramente, tal como existe hoy, ha cesado de ser un peligro político, para no representar más que una curiosidad religiosa.

Charles Le Goffic.

La banda de los "Cinq Points„

Así se denomina una cuadrilla de malhechores parisienses, que exige para pertenecer á ella que el candidato haya perpetrado un asesinato, cuando menos. Para ponerse en condiciones de ingresar en la cuadrilla, un miserable, llamado Julio Grandidier ha matado de un tiro á una infeliz mujer á quien veía por primera vez en su vida.

La isla de Sakhaline

y la deportación rusa.

Con el título *L'ile de l'Ours* publica *Le Figaro* del 22 de julio último un artículo de Georges Claretie, del que tomamos los siguientes párrafos: «Un distinguido explorador que tuve la satisfacción de encontrar la otra noche, M. Labbé, la ha descrito en un libro interesante con este título dramático: *Un bagne russe*. Es un baño (presidio penal), en efecto, y no es más que un baño esta isla extraña que antes perteneció á los japoneses y que los nipones acaban de tomar. Así va el mundo. Sakhaline es el baño de Rusia. Allí deporta á sus condenados, relegándolos á esta isla de clima feroz, de bosques lúgubres y llenos de misterio. Sakhaline, el «Peñasco vecino de la costa negra», dicen los mandchurianos. El nombre es siniestro, y el país lo es más todavía. La Pérouse, que la exploró, bautizó estas costas: *cabo Crillon*, *punta de Jonquiéres*. Pero, no obstante estos nombres franceses, la isla ha conservado un aspecto trágico. Es una inmensa roca perdida en la bruma; su acceso es peligroso, y en la marea baja se descubren numerosos cascos de buques y de juncos perdidos en los días de niebla. Tierra del Norte cubierta de bosques sombríos de abetos y abedules, como los bosques legendarios de los Niebelungen. Tierra de sombras donde la noche llega pronto y helada. Tierra de miseria, donde frecuentemente, en pleno verano, el campesino halla la tierra helada bajo la reja del arado. «He tenido que comerme á mis perros para evitarles que murieran de hambre», decía un indígena. Tierra de dolor también, porque es uno de los confines del mundo donde el sufrimiento humano es más intenso. Esas barracas de madera que semejan pueblos noruegos, son prisiones. Allí se trabaja, se sufre, se atormenta y se muere. Es preciso leer en la obra de M. Labbé la descripción de los suplicios impuestos á los forzados, tormentos múltiples desde el látigo, el knout, hasta el tonel que un jefe de prisión hizo rodar desde lo alto de una colina con un penado dentro. «Lo que hemos contado nos horroriza; lo que callamos es más terrible», le decía á M. Labbé uno de los condenados de este baño (presidio) sin esperanza.

Se habla con horror de nuestras tierras de deportación. Pero en la Guyana hay sol y hay luz, y también hay vida. Aquí están la sombra, la noche y el escalofrío de las horas heladas. Cuando M. Labbé estuvo en Sakhaline, las prisiones, sin contar los forzados libres, contenían 8.300 condenados: mogoles, tártaros, musulmanes del Turkestán, criminales de las grandes ciudades, penados políticos, mezcla extraordinaria de todas las razas, todos sometidos á la misma férrea disciplina. Al fin les llega la libertad á estos forzados: al dejar extinguida su pena les dan una parcela de tierra é instrumentos de laboreo. Entonces, les dicen: «¡Cavad, desmontad, ya estais libres!» Pero los largos años de sufrimiento han gastado sus fuerzas, el suelo es ingrato, y los libertados prefieren todavía el baño y el knout á semejante libertad. Por eso Rusia no ha podido colonizar Sakhaline. El licenciado sólo tiene una idea: evadirse de su misma libertad. Lo hace frecuentemente y partidas armadas recorren y alarman la isla. Son forzados convertidos en ladrones de caminos. Los que no pueden escaparse sólo sueñan en una cosa: en volverse locos ó en pasar por tales. El hospital de los locos está, efectivamente, bien dispuesto y calentado. ¡Ser loco, qué horrible ideal! «¡Por lo menos se come!», decía un condenado hablando del asilo.

Los condenados polítiticos son menos desgraciados. Tienen á su cargo las escuelas y dan educación á los hijos de los forzados. Pero, cosa irónica, el que tiene dinero puede vivir tranquilo, cualquiera que sea su crimen. Un coronel que había traicionado á su patria vendiendo planos militares á Austria, estaba empleado en la cancillería. El condenado manejaba y clasificaba los planos de Sakhaline.

La isla tiene un gran interés para los japoneses, por los inmensos bancos de pescado que acuden á sus costas y que el Japón necesita, así que no habiendo sido más que «un baño (presidio) para los rusos, es un granero para los japoneses». Además de los pescados les interesa el comercio de las famosas pieles zibelinas.

Puede decirse que los bosques se hallan sin explorar. «El forzado evadido se refugia en ellos, y en uno de esos escondrijos instala frecuentemente destilerías de alcohol que vende

á sus camaradas. El alcohol está prohibido en Sakhaline; pero lo fabrican en el silencio del bosque, á la sombra de los abetos, donde creen los indígenas que están ocultas las divinidades de la isla, y este alcohol es para ellos también una divinidad.

—¿Dónde está tu Dios?—le preguntó M. Labbé á un indígena.

—¡Allí dentro!

Y el salvaje señalaba una botella de aguardiente.

Ya los rusos habían empezado á apartarse del procedimiento de la colonización penal y á este fin se habían dictado algunas disposiciones oficiales.

Realmente, la Sociedad Jurídica de San Petersburgo tenía razón al decir de su dictamen, con motivo del Congreso penitenciario de París: «Llevamos trescientos años de colonización y todavía no hemos aprendido á organizarla.»

Una envenenadora científica

Rae Andernan Kraus, que en su país ha merecido llamarse «la Lucrecia Borgia del siglo xx» por los consecutivcs y recientes crímenes que ha cometido por medio del veneno, se encuentra reclusa en la cárcel de Hartford City por haber envenenado á su hijastra Crystal Kraus Hija de un médico notable, desde niña tuvo gran afición á los libros que trataban de toxicología, á cuyo estudio se dedicó con asiduidad.



Quiso ensayar uno de los venenos en su padre, y murió á las pocas horas, siguiéndole á los catorce días su esposa, con lo que la criminal heredó una gran fortuna; también envenenó á su novio, con el que en breve debía casarse, por contraer matrimonio con un tal Mr. Kraus que era bastante rico.

No obstante estas perversas cualidades, contó siempre con muchas simpatías, por sus distinguidos modales, su elegancia y trato afable; mas aseguran cuantos la conocieron que tenía desmesurada afición á las riquezas.

La misteriosa muerte de su madre puede relacionarse con la cuantiosa herencia que ésta había de dejarle; la de su primer novio tal vez tuvo por causa el querer quitar de en medio un estorbo para su casamiento con mister Krauss, que era mucho más rico que aquél; en cuanto al envenenamiento de su hijastra, se explica fácilmente, pues en el testamento que tenía hecho el mismo Mr. Kraus se asignaba una herencia de 250 000 pesetas á la muchacha y sólo 12.000 pesetas á la viuda en caso de que el marido muriese antes.

Mistress Krauss ha hecho lo posible para que la joven Crystal apareciese como víctima del suicidio, y con este objeto fingió haber hallado dos billetes amorosos escritos por la muchacha á su novio, despidiéndose y jurándole que no podía vivir sin él. Mas como el tal novio la adoraba y nadie se oponía á sus relaciones, resultaba incomprensible tan extrema resolución. Por fortuna para la causa de la justicia, un chico de nueve años que llevaba todos los días leche á casa de la familia Krauss, se presentó á declarar, asegurando que el día del suceso le dió la acusada un papelito para que fuese á comprar una medicina. Esta nota se encontró en la farmacia; estaba escrita de la misma mano que los falsos billetes de Crystal, y en ella, bajo nombre supuesto, se pedían cincuenta centavos de estricnina para matar ratones.

Es curioso que tras tanto estudiar acerca de los venenos, haya escogido esta mujer el más vulgar de todos. Sin duda le pareció que los menos conocidos dejarían rastros muy manifiestos; para convencerse de ello, parece que estuvo experimentándolos en su marido, pues Mr. Krauss aseguraba que por aquellos días se sintió varias veces acometido de una indisposición muy extraña.

Juzgando por estos hechos, es de creer que la carrera criminal de mistress Krauss habría sido terrible á no haberla interrumpido tan pronto.

Dadas las circunstancias que rodearon sus crímenes y el cálculo y fría premeditación que éstos suponen, mereció ser llamada *la Lucrecia Borgia moderna.*

Alimentación y criminalidad juvenil.

Son muy interesantes los resúmenes de las observaciones hechas durante un mes por Richards, en el reformatorio de Redhill, acerca del régimen dietético de los muchachos. Los muchachos díscolos, malos, enviados al reformatorio, son mejor tratados que los buenos muchachos de las escuelas públicas. Por esto, algunos muchachos han sido impulsados á cometer un delito, en la confianza de ser enviados á una escuela industrial, donde tienen trabajo manual, buena alimentación y aire libre. La gran ventaja de este sistema deriva de su utilidad. Salen buenos sastres, carpinteros, zapateros. Después de tres semanas de una buena y simple alimentación, parecen cambiados y presentan un aspecto de salud como los que están criados en el campo. Muchos ingresan en el ejército ó van al Canadá y ni siquiera el 10 por 100 dan malos resultados: estos últimos resultan incorregibles.

«En tres años de experiencias en las escuelas industriales como individuo de la *London School Board*, me convencí, dice H. C. Richards, que los muchachos tienen necesidad de ser curados, mejor que de recibir lecciones en la escuela. El mes pasado, en la *Farm School*, de Redhill, con sus 300 muchachos, confirmé que la vida de campo, el trabajo de la factoría, el trabajo combinado con una buena educación, transforman al nómada de la calle, al criminal incipiente, al paria de la moderna civilización, en un robusto, pundonoroso y dócil soldado, en un buen trabajador de factoría, en un artesano ó mecánico ó *Killet* (práctico, instruído). La alimentación sencilla y buena, el aire libre, el ambiente, la disciplina firme y regular, no lo hacen un autómata, sino un joven de quien quedará satisfecho quien lo emplee.»



GUARDIA JUAN HERNÁNDEZ BOLAÑOS

asesinado por el criminal Antonio Fernández Cavero (a) «Chinarro», en la madrugada del día 27 de septiembre del año actual, de cuyo hecho se ocupó MUSEO CRIMINAL de 15 de octubre.

Episodios de la Guardia civil

En el día 14 del mes de febrero de 1849, entraban en Huete (Cuenca) por el camino de Tarancón varias personas que vestían el traje de la Guardia civil. Algunos cabalgaban sobre buenos caballos, otras marchaban á pie y llevando entre filas á un hombre atado codo con codo. De esta manera, y delante de otras que con trajes extraños las seguían, llegaron á Huete á las seis y cuarenta y cinco minutos de la mañana. Al penetrar por una de las calles, vieron á un hombre que se ocupaba en abrir la puerta de una tienda de cerrajería de la que era dueño. Uno de los recién llegados, á quien había llamado la atención la chaqueta amarilla y gorro de cuartel que el herrero tenía puestos, se le acercó preguntándole por el puesto de la Guardia civil.

—¿De dónde vienen ustedes?—les preguntó el artesano.

—Venimos de Madrid—contestó uno—y debemos hacer entrega del preso que traemos al señor sargento de Huete.

—Yo les guiaré á ustedes hasta hablar con él, que debe hallarse en la casa-cuartel, situada en el que fué convento de la Merced.

Echaron con esto á andar, y durante su camino fué refiriendo el herrero al que primero le hubo dirigido la palabra, que él también había servido en la Guardia civil, en la cual ascendió á guardia 1.º; pero que habiéndose casado en Huete, hacía sólo mes y medio que había tomado su licencia, á pesar de los consejos que en contrario sentido le daba el sargento señor Delatre, á cuyas inmediatas órdenes había servido.

En esta plática llegaron al convento mencionado, entraron por una de las puertas que miran al Poniente y llegando á una larga sala hallaron en ella al guardia Antonio Martínez, que aprovechando la luz del amanecer se ocupaba en colocar una hombrera á su levita.

Entonces el herrero Juan Díez, acercándose á su antiguo compañero le dijo:

—Estos señores preguntan por el primero.

Y aun no había concluído el guardia Martínez de contestarles, cuando los hombres que seguían á los recién llegados aparecieron en el claustro, y el preso, mirando al licenciado Díez, sacaba un enorme trabuco.

Los que vestían el uniforme de la Guardia civil y los últimamente llegados, gritaron entonces á una voz:

—*¡Viva Carlos VI!*

Pero antes de seguir, narraremos algunos sucesos que nos explicarán la presencia en aquel sitio de los fingidos guardias.

***

Era la facción mandada por los cabecillas San Juan y el célebre Pimentero.

El día antes se había organizado aquella gente en Tarancón; y sorprendiendo en la noche al capitán del Cuerpo, Don José Méndez, que salía del palacio del Excmo. Sr. Duque de Riánsares, y poco después á los guardias allí destacados, les quitaron traidoramente toda resistencia y se vistieron diez ó doce con los uniformes del Cuerpo. Marcharon seguidamente á la cárcel y dieron libertad á los presos á condición de que se unirían á la facción, cosa que aquéllos prometieron de muy buena gana. Dispusieron entonces los cabecillas que todos los de su gente que estaban por completo vestidos y armados de guardias formasen la vanguardia del pelotón, y al efecto, haciendo que uno de los facciosos se fingiese preso, le colocaron en medio, y de este modo los insurrectos salieron precipitadamente para Huete, llevando por retaguardia á los presos y demás hombres que no vestían el uniforme, aunque para resguardarse del mucho frío de la noche, llevaban ropas fuertes y de abrigo. En el camino robaron algunos caballos, porque á todo iban decididos, y al amanecer llegaron á Huete.

Ya hemos visto cómo hallaron al licenciado Díez; cómo éste les guió á la casa cuartel; cómo en aquel momento aparecieron las gentes de la retaguardia; cómo en fin, se dió el grito de *¡viva Carlos VI!*

La casa-cuartel de Huete tenía entonces cuatro individuos; el sargento 1.º D. Constantino Delatre y tres guardias de segunda clase. Dos de éstos habían salido el día anterior á prestar el servicio del Instituto, y en aquella mañana sólo el señor Delatre y el guardia Martínez se hallaban en el convento. Los facciosos que así les sorprendían eran en número mayor de cuarenta.

La intención de todos era apoderarse de las armas de la Guardia civil, sacar el dinero existente en la Administración de Rentas, y engrosar sus filas con los presos de aquella cárcel. Todo esto hacía de aquellos hombres, no una facción de bando político, sino una gavilla de salteadores; para la que todos los medios y todos los hombres eran buenos.

El claustro en que los fingidos guardias encontraron á Martínez tiene ciento diez y seis pasos de longitud y seis de ancho; su entrada es por la parte de Oeste y por otro claustro que conduce á la escalera principal; tiene, además, comunicación con otras habitaciones, y de una de éstas salió el sargento Delatre, advertido por el rumor que escuchaba. Al aparecer ante los facciosos, éstos prorrumpieron en furiosos gritos; el sargento, creyendo que los supuestos guardias eran varios de nueva entrada que de un día á otro debían pasar de Madrid para Cuenca, les reprendió enérgicamente por aquellas voces.



En este momento, el fingido preso, que como hemos dicho, había mirado con mucha atención al licenciado Díez, descargó sobre él su trabuco á quemarropa.

Aquel hombre era un criminal que había sido años antes conducido por Díez á presidio; en aquella circunstancia y durante el camino, prometió al guardia vengarse de él si se le presentaba ocasión: pasaron algunos años, el preso encontró á Díez en Huete y de aquel modo tomaba al conocerle su vil venganza.

Quizás si el foragido contiene por algún tiempo más sus vengativos instintos, no hubiera quedado á los dos guardias ningún género de salvación, hallándose solos entre tantos hombres y que tan traidoramente les sorprendían.

Disparado un tiro, otros varios le siguieron instantáneamente.

El licenciado, herido ya y conociendo al fin lo que aquella gente era, se arroja en medio para amparar á sus compañeros, recibe tres balazos y cae revolcándose en su propia sangre y con sus ropas ardiendo El valiente Díez no podía olvidarse de que había pertenecido á la Guardia civil.

Martínez, rueda también por el suelo, se levanta, vuelve á caer y lucha á brazo partido.

Todos los disparos se hicieron á la distancia de ocho pasos.

Afortunadamente, de los dirigidos al señor Delatre, ninguno le hirió; el sargento envuelto repentinamente en una espesa nube de humo y polvo, nada divisaba, hasta que aclarada algo la atmósfera pudo ver á los que componían la retaguardia de la facción, vestidos como hemos dicho, de extraño modo; pues unos llevaban sombrero y levita de guardias con calzón corto y abarcas y otros levita de uniforme con montera de pieles, etc.

Todo esto pasó en cortísimos instantes. El inteligente y previsor sargento conoció entonces lo que aquello significaba; dió por muerto al guardia Martínez: conoció que le era imposible vencer á aquella muchedumbre solo y sin arma alguna, porque todas ellas estaban en el armero, ocupado ya por la facción, y prefiriendo morir á entregarse, se precipitó á su habitación en donde no vió ya á su señora, y se arrojó á la huerta desde una altura de 35 pies.

Allí, contuso de gravedad, quedó algún tiempo completamente privado de sentido.

Por salvar á un hombre hubiera expuesto gustoso el señor Delatre una vez más su vida; exponerla entonces, hubiera sido morir inútilmente á manos del enemigo y sin ninguna ventaja para el Cuerpo.

Además, salvándose el señor Delatre, salvaba con él á los individuos de los puestos cercanos, como tendremos tiempo de ver.

El sargento, vuelto, en fin, al sentido y dominando sus dolores, se dirigió á las ruínas del cercano convento de San Francisco, burlando felizmente á los numerosos carlistas que rodeaban el de la Merced, y con objeto de expedir propios montados á los puestos de Buendía, Riego, Carrascosa y Cabrejas; como así lo hizo, evitando que fueran después sorprendidos los dos primeros.

El valiente guardia Martínez, viendo que por todas partes tenía cortado el paso, luchó brazo á brazo con los facciosos y logró abrirse camino por medio de ellos, saliendo milagrosamente ileso. Ningún hombre ha tenido la muerte más segura que él y una reunión de circunstancias le salvó.

Atravesando impávido el compacto grupo de facciosos, pudo llegar á las gradas de la puerta principal. Allí debía haber encontrado varios centinelas de caballería; pero como los que habían penetrado en el interior del convento descargaron sus armas sobre Martínez, creyeron que aquellos disparos eran de los guardias del puesto, y se replegaron hacia la derecha. Así, después de una lucha desesperada, consiguió Martínez salvar su vida, saliendo del convento y dirigiéndose á la fragua que oportunamente había dejado abierta su antiguo y valiente compañero Díez, moribundo entonces.

Los facciosos, entretanto, se desparramaron por los ámbitos del convento, registrándolo todo. Sólo quedaba allí la esposa del sargento, señora de esforzado ánimo y valor poco común en su sexo, pues en su odio profundo hacia todo delincuente, algunas honrosas capturas han sido debidas á tan animosa dama.

Esta señora se salvó ocultándose en una habitación y teniendo la oportunísima previsión de cerrar herméticamente todas las ventanas de aquélla. Los facciosos golpearon fuertemente la puerta; pero viendo obscura la estancia, desistieron de penetrar en ella, creyendo que sería una de las muchas deshabitadas del antiguo convento.

Atendidas las especiales circunstancias del suceso, podrá decirse que habíase ganado una victoria; no era victoria morir inútilmente á manos del número y de tan traidora sorpresa; lo era sí, burlar sólo dos hombres, á más de cuarenta dirigidos por célebres y experimentados cabecillas.

El valiente ex guardia Díez expiró á la una de la tarde de aquel día. Los facciosos ocuparon después su fragua, y delante de ellos se le dió el santo óleo.

Había tomado la licencia para dedicarse á sus quehaceres domésticos en tranquila vida; pero su alma continuaba siendo la de un guardia civil. Murió por haberse interpuesto generosamente para salvar á sus antiguos compañeros de armas, y el Cuerpo y S. M. la Reina concedieron á la viuda un socorro de 4.200 reales y una pensión vitalicia.

Bueno será hacer constar que cuando los facciosos ocupaban las pequeñas habitaciones de la casa-fragua, el guardia Martínez estaba oculto en una de ellas.

Finalmente, la facción salió de Huete en la tarde de aquel día, llevándose los caudales, robando algunos caballos y dando libertad á los presos.

***

Han pasado sólo cinco días; estamos en 19 de febrero de 1849 y en los campos de Alcantud.

La aparición de los facciosos, capitaneados por los cabecillas San Juan y el Pimentero, por aquellos valles, había sido comunicada á todas las autoridades. También la Guardia civil había desplegado sus aguerridas fuerzas, volando en persecución de los perturbadores del orden público.

Hallábase, pues, en la sierra y ermita de *Bienvenida* un destacamento del Cuerpo, al mando del segundo capitán Don Félix Fernández Soto, y con él estaban el teniente D. Joaquín Bober y el alférez D. Pedro Carabaza.

Estos distinguidos oficiales, con 24 guardias de Infantería y ocho de Caballería, marchaban tras los pasos de la facción, cuando se les incorporó el sargento segundo D. Vicente Velilla y Medina, con dos jinetes más. Había salido de Algora para encontrarse en Guadalajara con el mencionado jefe; y habiendo sabido allí que la fuerza había partido ya en persecución de los facciosos, tomó inmediatamente dirección, y haciendo el tercer día de viaje, llegó á la ermita de *Bienvenida*.

Breves momentos después, la Guardia civil divisaba á la facción en las eras de Alcantud y á la conclusión de la sierra, por la cual bajaba precipitadamente.

El capitán señor Soto dispuso inmediatamente que la Caballería partiese y cargara á los facciosos, marchando él mismo al frente, acompañado del alférez Carabaza y el sargento Velilla.

Los guardias empezaron su carrera, acortando á cada instante la media legua escasa que les separaba del vecino pueblo.

La facción, que siente ya los relinchos de los caballos enemigos, pretende desordenarse; pero, contenida por sus cabecillas, desfila por la parte opuesta del pueblo.

Sigue la Guardia su carga; atraviesa el pueblo; pasa bajo un molino, llega á una altura, y allí forma en ala.

Entonces el jefe, recordando la clase de gente que componía la facción, grita con voz enérgica:

¡Guardias! ¡Viva la Reina! ¡A esa canalla!

Una entusiasta aclamación contesta á sus palabras, y los guardias caen como iracundos rayos sobre los facciosos, que esperaban parapetados en un pinar. Casi á quemarropa hicieron éstos una formidable descarga. Dos balas hieren gravemente al señor Soto y otras penetran en el cuerpo de algunos caballos. El sargento Velilla, arrebatado por su ardimiento guerrero, adelanta solo tras los facciosos que huían en retirada.

Alcanza á uno, le vence, y con él, su caballo y tres facciosos más de Infantería volvía á la columna, al tiempo que los guardias Timoteo Pablo y Feliciano Velilla, al verle solo con sus cuatro prisioneros salen á escape á su encuentro. El bizarro sargento se bastaba para sujetar á aquellos hombres. La facción capitaneada por los célebres cabecillas San Juan y el Pimentero, fué completamente arrollada y vencida.

Desde entonces hay un sitio más que recuerda las glorias de la Guardia civil.

Los hermanos habían vengado á los hermanos.

No poca parte de aquella gloria corresponde en esta acción al denodado sargento D. Vicente Velilla y Medina, como su dignísimo jefe el señor Soto, reconoció en una comunicación en la que afirma *deberse en gran parte el buen éxito de aquella brillante jornada al sargento Velilla y los dos guardias que le acompañaban.*

Desde entonces, como acabamos de decir, hay un sitio más que recuerda las inmortales glorias de la Guardia civil:

Los campos de Alcantud.

Requisitorias gráficas de anarquistas



Alfredo Pierconti.

Simultaneando con nuestra *Galería de naarquistas célebres*, publicaremos los retratos de otros que, aunque no lo son, conviene los conozcan nuestros lectores, sobre todo los que pertenecen á la Guardia civil.

Hoy inauguramos esta sección con las fotografías de Alfredo Pierconti y Eduardo Valar. El primero es un italiano que en diciembre de 1902 fué detenido en Valencia, logrando, al llegar á Barcelona y después de salir el buque del puerto, fugarse sobre la marcha.

El segundo es español, muy significado en sus ideas anarquistas, y aunque ha ingresado varias veces en la cárcel, siempre ha sido puesto en libertad á los pocos días.



Eduardo Valar.

Otro Tribunal especial

para los pequeños delincuentes.

En Birmingham. Es el primer Tribunal especial instituído en Inglaterra.

El concepto fundamental de la *New-York Chicleren's Court* es el de ayudar á los muchachos delincuentes á regenerarse, á rehabiliiarse, sin encerrarlos ni en prisiones ni en reformatorios, mediante el «probate system», sistema de la prueba.

El menor de diez y seis años, acusado de pequeños delitos y manifestando tener suficientes buenas aptitudes para regenerarse, queda en libertad; pero durante un cierto tiempo debe presentarse semanalmente á un funcionario especial del Tribunal, el *chief probate officer*, á darle cuenta de su comportamiento. Terminado este período, el menor comparece de nuevo ante el Tribunal: el susodicho jefe informa detalladamente acerca de su comportamiento, y en definitiva queda absuelto ó detenido.

Resultado excelente, según la información publicada por el comisario Mr. Ernest K. Coulter.

El año último (1904) comparecieron 7.631 muchachos; estaban representados todos los delitos menos el homicidio; 3.749 fueron declarados culpables de delitos ó reconocidos indisciplinados ó propensos al desorden; 1.098 quedaron libres bajo su palabra. De estos últimos fueron arrestados nada más que 170. En suma, el 83 por 100 hicieron tales progresos moral y materialmente, que el Tribunal pudo suspender la ejecución de la sentencia.

Entre estos regenerados, 101 muchachos y cinco muchachas habían cometido hurto grave, 229 muchachos y 11 muchachas, pequeños hurtos; 107 muchachos, hurto nocturno con efracción; 42, agresión; 18, rapiña, y algunos incendio y falsedad.

Malhechor supersticioso. Un individuo llamado Tomás Buckley acaba de ser condenado, en los Estados Unidos, á trece años de presidio, por robo y evasión. Aunque protestando de la pena, por considerarla demasiado severa, Buckley ha pedido al Tribunal que le aumente en un año la condena, antes que dejarle bajo la fatídica cifra 13.

El presidente del Tribunal ha mantenido inflexible la sentencia dictada, sin atender los ruegos de este supersticioso malhechor americano, que debía doblemente mostrarse fuerte de espíritu.

En el número del día 1.º del próximo Enero daremos principio á los sensacionales MISTERIOS DE LA INQUISICIÓN.

Vampiros de doce años.

En el cementerio de la Chartreuse, en Burdeos, se ha descubierto recientemente que el ataud de un niño había sido desenterrado, fracturado después, apareciendo el cadáver en un campo próximo. Se han descubierto los culpables, dos niños de doce años, que con anterioridad habían perpetrado análoga fechoría, desenterrando el cuerpo de otro niño, que despedazaron, arrojando parte á una letrina, y echando el resto á los patos. Estos monstruos de perversión confesaron que lo hacían por divertirse.

Casi todos los juristas, sociólogos y filósofos modernos defienden la desaparición de la pena de muerte.

Resulta inútil: no repara el mal causado; no es ejemplar, porque los crímenes se repiten, y sólo decrece la criminalidad en los pueblos que cuidan de *reformar*, no de *castigar*, al hombre degenerado.

Por otra parte, las ejecuciones son espectáculos que excitan el salvajismo de las gentes, haciendo salir á la superficie lo que de fieras tienen las muchedumbres.

En España, motejadísima de bárbara, las ejecuciones no se hacen delante del pueblo, y cuando se hacían—salvo raros casos—la multitud observaba silenciosa; la gente depositaba limosnas en poder de los pregoneros que proferían la triste frase: «Para hacer bien por el alma del que van á ajusticiar».

La civilizadísima Francia mata á los grandes criminales como antaño: ante el pueblo.

La guillotina ha *operado* en Belfort.

Pozzi, el asesino de la señora Pelphin, pagó el crimen con la vida. Apareció el condenado ante la turba abatidísimo, semimuerto, moviendo á derecha é izquierda la cabeza, con movimiento de pédulo de reloj.

Y la turba, enfurecida, olvidando la piedad, turbando los solemnes y últimos instantes de un condenado á muerte, insulta y grita:

—¡Muera el asesino! ¡Duro, Deibler! (el verdugo).

En primera fila, junto á las autoridades, estaba el marido de la víctima, usando de un derecho que la ley francesa le concede. ¡Buena ley!

Africa no empieza en los Pirineos. De los Pirineos á Occidente se sabe perdonar...

El plazo para hacer el pedido de las TAPAS PARA LA ENCUADERNACION (cuyo anuncio puede verse en los dos números anteriores), terminan el día 15 del presente mes de diciembre.

Diccionario del caló

Lenguaje de los criminales

(Continuación.)

Caló.	Castellano.
Sentallí	Frente.
Sisló	Fuerte.
Sislá	Fuerza.
Suesté	Gente.
Sardañá	Gracia.
Sardañosa	Graciosa.
Sonanta	Guitarra.
Socabar	Habitar.
Sosimbó	Horno.
Sarischipis	Intérprete.
Sampunero	Jabonero.
Sampuñí	Jabón.
Subulmí	Jícara.
Sindicabalar	Jurar.
Sindicabaneto	Juramento.
Sustiñar	Levantar.
Sustiñao	Levantado.
Salamito	Médico.
Sungló	Melón.
Simuchí	Mico.
Sicundé	Miércoles.
Sichaguillo	Monaguillo.
Sichá	Mona.
Sundache	Mundo.
Singa	Música
Serdañí	Navaja.
Sacais	Ojos.
Sorna	Oro.
Sustilar	Parar.
Simpalomí	Pelado.
Sosimbres	Pestañas.

Caló.	Castellano.
Saullo	Potro.
Sinastrar	Prender.
Sinastro	Preso.
Sarmuñé	Pronto.
Sos	Que.
Sastejarse	Quejarse.
Sasteja	Queja.
Salarse	Reirse.
Salmuñar	Saltar.
Sastar	Sanar.
Saludisar	Saludar.
Sasto	Sano.
Sará	Sargento.
Sarbañá	Sardina.
Sunglé	Sandía.
Saplar	Sentenciar.
Sapla	Sentencia.
Simache	Señal.
Servasé	Sevilla.
Safacorano	Sevillano.
Simochales	Señales.
Sorimbo	Serio.
Soniche	Silencio.
Sen	Son.
Sublimar	Soltar.
Simbelar	Sonar.
Sinelo	Soy.
Sustiri	Suerte.
Sodimiar	Sudar.
Sornindoy	Sueño.
Saré	Todo.

Caló.	Castellano.
Sarí	Toda.
Segretín	Ultima.
Sasú	Yerno.
T	
Tesqueló	Abuelo.
Trunjó	Absolución.
Tellarró	Abate.
Taipasarí	Admiración.
Timují	Adivino.
Timujiar	Adivinar.
Trujipar	Agarrar.
Trujipao	Agarrado.
Tasarva	Alba.
Trusí	Algodón.
Trujón	Angosto.
Trují	Angostura.
Trebú	Añagaza.
Trinquelar	Apretar.
Trinquelo	Aprieto.
Trinquelao	Apretado.
Trejimó	Aplicación.
Tenglé	Aparejo.
Trubianó	Aragonés.
Taripó	Astrólogo.
Taripé	Astro.
Trincar	Atar.
Terquelar	Brindar.
Tajuñí	Cajeta.
Trasaldaba	Calceta.
Trujandí	Cigarro.

Caló.	Castellano.
Tachonado	Cinto.
Tucué	Contigo.
Trejú	Cruz.
Turní	Cueva.
Tabastorró	Derecho.
Timují	Divino.
Trequejenar	Estudiar.
Trequejanó	Estudiante.
Telejeñí	Estera.
Talorantes	Habitantes.
Talalorí	Hábito.
Truta	Huerta.
Trajatar	Importunar.
Tarquino	Millón.
Tellorré	Ministro.
Toberjelí	Monte.
Trajatosó	Molesto.
Trabojó	Montón.
Troecané	Obra.
Turonigen	Obscuridad.
Tarpisca	Pajuela.
Tandal	Patio.
Tamí	Pero (conjunción).
Trensa	Prensa.
Tornaciba	Rabia.
Techaró	Seguro.
Tornasibé	Soberbia.
Truján	Tabaco.
Tasca	Taberna.

(Continuará.)

MUSEO CRIMINAL

Se publica en Madrid los días 1.º y 15 de cada mes.

Consta de ocho páginas de texto (como minimum) dando también números extraordinarios de 12 páginas. Todos los números llevan, además, invariablemente, ocho páginas de novela ilustrada y encuadernable.

Precios: trimestre, 1,50 pesetas.—Semestre, 2,75.—Año, 5.—Extranjero, un año, 10 pesetas.

Para las clases de tropa de Guardia civil, Carabineros y personal subalterno del Cuerpo de Seguridad, de la Judicatura, Cuerpo de Prisiones y Policía: una peseta trimestre.

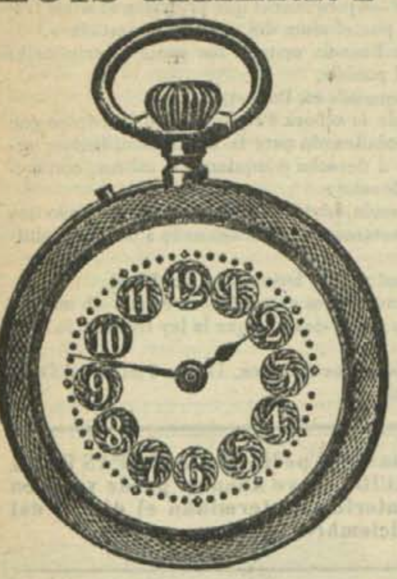
BASES DE SUSCRIPCION.—1.ª El tiempo mínimo de suscripción es un trimestre. 2.ª La suscripción se considerará continúa indefinidamente en tanto no se reciba del suscriptor aviso en contrario. 3.ª Los avisos de baja han de recibirse precisamente en esta Administración con quince días de anticipación á la fecha en que termina la suscripción. Las reclamaciones, dentro de los ocho días para la Península y quince para las islas: después no serán atendidas. 4.ª Los cambios de destino deben avisarse antes de efectuar el traslado de residencia.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director del MUSEO CRIMINAL, apartado en Correos núm. 336. Madrid

Gran Relojeria de París.

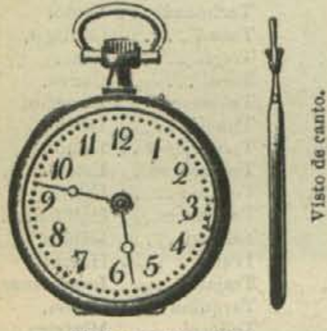
LUIS THIERRY

Fuencarral, 59.—Madrid.



El Cronómetro Thierry

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior . ... **19,50 pesetas.**
Idem de acero. (Elegante)... **18.50** —
Idem de níquel puro. (Idem). **18.50** —
En 4 plazos mensuales.

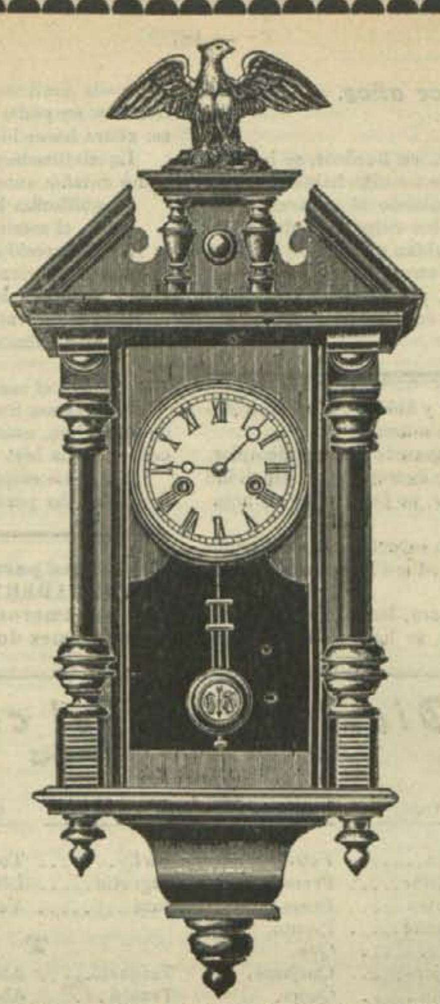


Ultima creación.

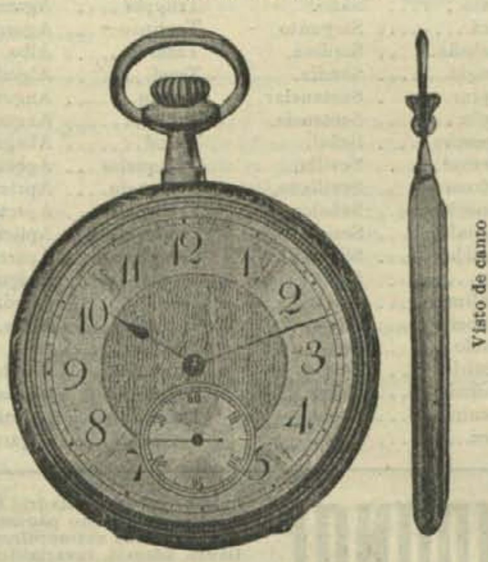
Reloj de señora, caja aplastada, muy plana, de símil oro chapeada. Imitación perfecta del reloj de oro de 150 pesetas; con la esfera de plata dorada, **25 pesetas**; extra, **30 pesetas.** Idem caja de plata, **30 pesetas;** extra, **35 pesetas.**
En 5 plazos mensuales.



Magnífico reloj de señora, de plata dorada, con fondo relleno de perlas; máquina superior. **39 pesetas.**
Nota: este reloj no es de doble tapa; este dibujo indica la parte de atrás.
En 5 plazos mensuales.

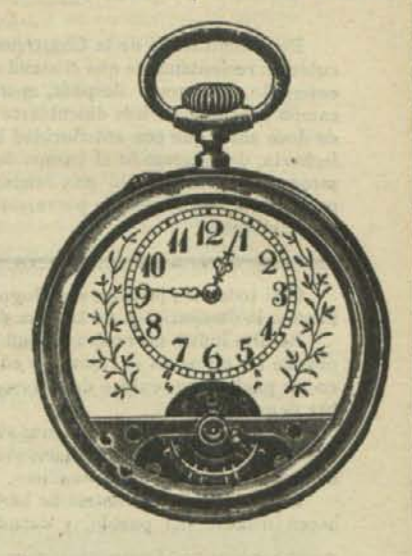


Reloj regulador **48 horas** de cuerda, de doble maquinaria, una especial para despertador, máquina superior: dos campanas, timbre fuerte por despertador. Caja de nogal barnizada. **30 pesetas.**
En 4 plazos mensuales.



Reloj elegancia novedad.

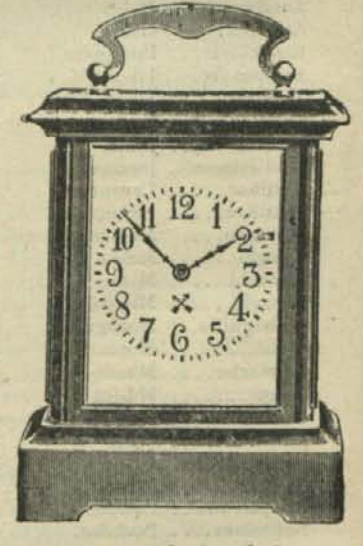
El más plano ó aplastado conocido hasta hoy; «del canto de un duro», de máquina extrafina, áncora 15 rubíes, marcha cronométrica, esfera de plata. De caja de acero azulado, **40 pesetas.** Caja de plata, rica ornamentación. **45 pesetas.**
En 5 plazos mensuales.



¡Novedad! Ocho días cuerda, de acero, forma elegante, extraplana, de áncora, 15 rubíes: precisión, volante visible, esfera gran lujo, el más bonito reloj conocido hasta hoy. **49 pesetas.**

De caja puro níquel, el mismo precio.

En 5 plazos mensuales.



Caja metal niquelada.

Esfera cuadrada con cristal biselado, magnífico reloj de sobremesa: altura, 16 centímetros, máquina superior.

Con despertador, **18 pesetas.**

Despertador, horas y medias, **23.**

Despertador música, 3 piezas, **29.**

Nota: Este último no es de campana.

En 4 plazos mensuales.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY: quienlos mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó atrasos en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

Madrid.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.